

Juan José Tafalla y Nabasques, botánico olvidado de la ilustración

ÁNGEL GOICOETXEA MARCAIDA

Ahora que acabamos de celebrar el segundo centenario de la Ilustración se hace necesario traer aquí el recuerdo y la personalidad de este botánico navarro que ha permanecido en el anonimato injustamente, siendo uno de los mayores investigadores de la flora andina, apenas citado por Ruiz y Pavón que sin embargo se apropiaron largamente de sus trabajos. A Tafalla se debe el primer estudio científico sobre la botánica de la República del Ecuador, así como la creación del Jardín Botánico de Lima y la cátedra de botánica de la Universidad de San Marcos de la capital peruana. A pesar de ello ninguno de estos dos países ha honrado como se merece su enigmática figura.

El presente trabajo tiene por objeto sacarlo del olvido y enmarcar su personalidad científica y humana en el ambiente cultural e histórico que le tocó vivir, así como tratar de adivinar las pasiones humanas que motivaron su oscurecimiento.

En 1784, cuando Hipólito Ruiz y José Pavón llevaban ya seis años trabajando y estudiando la flora del Perú, Gómez Ortega, Director del Jardín Botánico de Madrid, planteó la posibilidad de que se incorporasen a los trabajos de la expedición uno o dos jóvenes, a fin de que se formasen en el trabajo botánico. La sugerencia de Ortega fue aceptada y por una Real Cédula de ese año se decide ampliar el personal de la expedición científica con objeto de dar mayor celeridad a sus trabajos. Jorge Escobedo, miembro de la Real Sociedad Bascongada y Visitador general del virreinato, después de haber consultado con el padre González Laguna, nombró a Juan José Tafalla y a Francisco Pulgar agregados a esta expedición. Ambos pertenecían al regimiento de Soria. El primero fue contratado como botánico colector y el segundo en calidad de dibujante.

Juan José Tafalla y Nabasques era navarro y había pasado al Perú formado parte del regimiento de infantería «Soria», acantonado en Lima. Antes de salir para América, en 1784, estuvo algún tiempo ejerciendo la profesión de farmacéutico en Navarra. Según datos que he de agradecer a mi amigo, el profesor ecuatoriano Eduardo Estrella, Tafalla había nacido en Corella el 2 de agosto de 1755 y vivió en este pueblo de la Ribera de Navarra hasta los veinte años, en el seno de una familia de boticarios, con vinculaciones familiares en Tudela, donde se hallan las partidas de defunción de sus padres.

La incorporación de Tafalla al grupo tiene lugar en 1785, cuando los expedicionarios se encontraban estudiando la flora de Huánuco. Esta región ya la habían visitado Ruiz y Pavón cinco años antes, en 1780, con objeto de estudiar sus bosques de quina. Existía allí una explotación de la corteza de quina, dirigida por el marqués de Premio Real, socio de la Bascongada, al que se debía la recolección y comercialización de la corteza de esa región.

A pesar de la falta de experiencia de Tafalla en esta clase de trabajos, el propio Ruiz reconocía dos meses después, que los agregados estaban trabajando bien y hacían progresos. Sin embargo las cosas se torcían en los planes del binomio de botánicos Ruiz y Pavón. A primeros de febrero de 1786 se hundía junto a las costas de Portugal, a la altura de las islas Berlingas, el *San Pedro de Alcántara*, buque mandado por el capitán Manuel de Eguía. En él venía a la Península una buena parte de su esfuerzo de varios años de trabajo (descripciones, plantas vivas, dibujos y herbarios) que desaparecieron definitivamente entre las aguas, como desaparecieron los seiscientos pesos fuertes enviados a la Bascongada por Juan de Eguino, comisionado de la Sociedad en Lima¹.

Ante tamaño contratiempo era necesario aumentar el ritmo de los trabajos. En 1787 Tafalla viaja con Ruiz y Pavón, primero a Muña y luego a las montañas de Pillao y Chacahuasi.

Tras la salida para la Península, en abril de 1788, de los botánicos Ruiz y Pavón y el dibujante Isidro Gálvez, Tafalla quedaba encargado de proseguir en la tarea de recogida de materiales para continuar el estudio de la flora peruana. Durante los años siguientes la misión de Tafalla, aparte de recolectar nuevas especies, será la de enviar éstas y sus dibujos al Jardín Botánico de Madrid y a la «Oficina Botánica» sede de los trabajos de publicación de la *Florae Peruvionae et Chilensis*, es decir a Gómez y a Hipólito Ruiz. También recoge otros materiales que remite Real Gabinete de Historia Natural.

A partir de aquí todas las herborizaciones las hace Tafalla en compañía del dibujante Francisco Pulgar, hasta que éste se retira en 1797. En 1790 con motivo de la llegada de los botánicos de la expedición de Malaspina, Tadeo Haencke y Luis Née, acompañó a éstos a Huánuco. Viaja también ese año al valle de Vitoc, en el departamento de Junín, donde descubre entre otras especies la *Randia obavata* y la *Psychotria caerulea*. Permanece luego durante seis meses en la provincia de Camaná, explorando la región de las *lomas*, en la zona denominada Pongo. Allí recoge Tafalla algunas especies nuevas entre ellas *Talinum crenatum*, *Talinum paniculatum* y *Talinum polyandrum*.

Durante los años de 1791 a 1795 Tafalla, acompañado del dibujante Pulgar, pasó largas temporadas en las montañas de Huánuco y en la región de Tarma, recolectando semillas, plantas y otros objetos de historia natural. En 1797 y 1798 le vemos en compañía de J. Rivera, nuevo agregado que venía a sustituir a Pulgar, en la provincia de Humalíes del departamento de Huánuco, explorando los bosques de las riberas del río Monzón, en las proximidades de Chicoplaya y San Antonio de Playa Grande. Fruto de estos viajes de Tafalla fue la obtención de una serie de especies entre las que destacan al *Chinchona dichotoma* y la *Chinchona micranta*. Esta última era un árbol de quina con una alta proporción de quinina cuyo descubrimiento revestía gran importancia. Otras especies halladas fueron *Psychotria laxa*, *Psychotria punicea*, *Psychotria obovata* y *Macrocnemum ovobatum*, por citar las más importantes. Estas ideas y venidas de Tafalla por tierras del oriente peruano permitieron a Ruiz publicar el *Suplemento a la Quinología*, incorporando a las siete especies de *Chinchona* ya descritas por Hipólito Ruiz, otras cinco más, cuatro de ellas recogidas por este botánico navarro, haciendo así un total de doce.

De todos los viajes botánicos emprendidos por Tafalla es, sin duda alguna, el que hizo a la región de Quito el más importante porque se aparta un poco de lo que realizaron sus predecesores Ruiz y Pavón. Los trabajos de Tafalla en la Audiencia de Quito van de 1799 a 1808, aunque la estancia en esos lugares no es continua. Junto con él viajan el dibujante peruano Rivera y el botánico español Juan Manzanilla, que

1. *Extractos de la R.S.B. de A.P.*, tomo IX, p. 168; 1788.

desde 1793 trabajaba con él. Más tarde se incorporó el pintor quiteño Xavier Cortés, perteneciente al grupo de pintores de Quito, formado junto a Mutis.

La Audiencia de Quito estaba entonces bajo la jurisdicción del virreinato de Nueva Granada o Santa Fe, donde trabajaba la expedición botánica de Mutis. Era inevitable un choque de competencias y la consiguiente exacerbación de los celos entre los profesionales de la botánica pertenecientes a las respectivas expediciones, agrandado por la carrera que en el estudio de las quinas se había establecido entre ellos.

La región de Quito venía siendo objeto de atención en Lima y sobre todo en el puerto de el Callao, por la variedad y calidad de su riqueza maderera. Antonio de Ulloa y Jorge Juan habían dado testimonio de ello en sus *Noticias Secretas de América*: «la abundancia y calidad no se encuentran, no sólo en ningún otro país de aquella América, mas ni en otro alguno de todos los dominios de la nación española, ni de los dependientes de otros monarcas [...] es tanta la abundancia de las maderas que la mayor parte del país que corresponde a la jurisdicción de Guayaquil, siendo bien espacioso, se compone de espesos bosques donde el mayor costo es el que se ocasiona en pagar los peones que las cortan y desbastan para bajarlas a Guayaquil»².

También Gómez Ortega dio en 1790 una relación de las diferentes plantas y árboles que merecían traerse a España, entre ellos citaba «los Ébanos, el Cascol y el Amarillo de Guayaquil»³.

Si bien la tarea de Tafalla es traer información sobre los bosques maderables y la riqueza forestal de la región de Guayaquil, el motivo principal era ampliar el conocimiento de las quinas, en particular la de Loja. Según Steele, la expedición de Tafalla había encontrado entre 1804 y 1805, treinta y ocho especies nuevas de *chinchona*, superando así las doce descritas en el *Suplemento a la quinología* por Ruiz⁴.

Sin duda alguna ésta es una de las principales aportaciones de Tafalla al conocimiento farmacológico de las quinas y de sus distintas especies, de gran interés terapéutico en la medicina de su época.

Durante estos trabajos Tafalla se relacionó con otros botánicos. En uno de sus viajes del Callao a Guayaquil, en 1802, lo hace en el buque que llevaba a la región de Quito a los naturalistas Humboldt y Bonpland, en compañía de los cuales herborizó las orillas del río Guayas. Humboldt conservó el mejor recuerdo de este farmacéutico navarro y en carta dirigida a José Pavón, le decía al respecto: «Regresando de Lima (a Guayaquil) hemos tenido el gusto de cultivar la amistad del amable don Juan Tafalla, digno discípulo de usted, que nos ha tratado con esa suma bondad que es natural a su carácter. Hemos admirado la exactitud de su trabajo y la de su compañero don Juan Manzanilla, sujeto de prendas igualmente apreciables»⁵.

Pero no siempre las relaciones con sus colegas de profesión fueron tan gratas. En los mismos lugares que Tafalla se encontraba trabajando, en 1803, el naturalista Francisco José Caldas, discípulo de Mutis, que no veía con buenos ojos las andanzas en corral ajeno del naturalista navarro. Por todo ello Caldas le escribía a Mutis en el verano de ese año: «Porque los botánicos continuadores de la Flora del Perú caminan de Guayaquil para ésta en solicitud de las mismas quinas, y sería vergonzoso que estando un dependiente de la expedición de Bogotá en Quito, viniesen los peruanos a desflorar estas selvas [...] Se me pasaba decir a vuesa merced que Tafalla y Manzanilla meten ya la hoz en miés ajena, viniendo a explorar las selvas de Malbucho, que pertenecen al Virreinato de Santafé; yo no hablaría una palabra si supiese que sólo se

2. Jorge Juan y Antonio DE ULLOA: *Noticias secretas de América*, pp. 57-58; Madrid, 1982.

3. *Anales de la Real Academia de Farmacia*, «Estudios en el Archivo de Indias de Sevilla, XX, p. 199; 1954.

4. A.R. STEELE: *Flores para el Rey*, p. 246; Madrid, 1982.

5. A. BARREIRO: *Memorias de la Asociación Española para el Progreso de las Ciencias*, Madrid, 1932.

trataba del progreso de las ciencias; pero sospecho que todas las indagaciones que hagan estos botánicos las han de convertir en insultos contra vuesa merced. Yo creo, salvo el parecer de vuesa merced, que se les debe impedir por el Gobierno el que trabajen en esta Provincia supuesto que existe en ella un agregado a la expedición de Bogotá»⁶. Las divergencias entre Mutis y Ruiz y Pavón con respecto a la calidad de las quinas del Perú y Santafé, salpicaba a sus colaboradores más cercanos. Ruiz estaba convencido y así lo manifestaba, de que las quinas de Nueva Granada, estudiadas por Mutis, eran de inferior calidad.

La correspondencia de Caldas con Mutis revela las amarguras y desilusiones que experimentaba ante el trabajo de sus colegas, mejor preparados que él en cuanto a medios. Uno se imagina al naturalista Caldas perdido en la soledad de los bosques de quinas, sin disfrutar de los resultados obtenidos. Desde el pueblo de Ibarra, en el otoño de 1803, manifestaba a Mutis: «Yo había colectado un número considerable de plantas preciosas, que creía nuevas. Pero en Malbucho hallé a Tafalla y Manzanilla, botánicos del Perú, a quienes traté y pedí me manifestasen los tomos que tuviesen de la Flora del Perú. Satisficieron mis deseos y yo quedé verdaderamente afligido al ver que había perdido los dos tercios de mi trabajo, por carecer de esta obra absolutamente necesaria para un botánico en la América. Si yo la hubiera tenido no habría malgastado el tiempo y mi salud describiendo y diseñando plantas conocidas y publicadas, y me habría contentado con esqueletadas para completar mi colección»⁷.

Nada mejor que leer la correspondencia de Caldas para conocer la situación anímica de estos hombres que trabajaban aislados, en medio de una vegetación exuberante, careciendo de lo más imprescindible para su tarea. Las palabras que Caldas dejó escritas al respecto son válidas para otros naturalistas: «A pesar de haber recogido cuanto papel me ha sido posible en Quito, en Ibarra y aún en Popayán, me veo sumamente escaso, pues el herbario va a ser inmenso [...] Una barra de tinta de la china no se puede conseguir aquí por ningún precio.. Me hallo sin termómetro, porque el último que me quedaba se acaba de romper en este viaje. Los lápices⁸ no se encuentra y me hace una falta imprescindible una aguja pequeña o teodolite».

Todos estos años de 1803 a 1805 son una carrera entre Caldas y Tafalla en el hallazgo y estudio de las quinas. Caldas, al hablar a Mutis de Tafalla y Manzanilla, no duda en llamarlos «nuestros enemigos», «nuestros rivales», y estar dispuesto a sacrificarse hasta el punto de dejarse la piel: «Este último viaje -decía a Mutis en el invierno de 1803- ha sido oprimido y forzado por los émulos de vuesa merced, Tafalla y Manzanilla. Estos, desconsolados por no haber hallado quinas en Malbucho, regresaban a Ibarra en solicitud de las mismas que se sabían con certeza existían en Intac. Yo ya había visto las cortezas, y me hallé antes que ellos en Ibarra. No dudé marchar medio agonizante a este bosque tan áspero y más maligno que el del Malbucho; me veía sobre el nevado de Cotacache, y no lo creía. ¡Cuánto imperio tiene sobre mi corazón el honor del ilustre Mutis, vulnerado con tanta injusticia por Ruiz y Pavón! Entré en Itac, saqué mis plantas y una especie de cinchona».

«A mi regreso a Ibarra hallé allí a nuestros botánicos rabiando porque el discípulo de Mutis había tomado posesión de esta quina. Llenos de urbanidad me visitaron y preguntaron por mis hallazgos en Intac. Yo no dudé en decirles que tenía yo la única especie de cinchona que producen los bosques de Intac. Así aseguraba para nuestra expedición más y más de esta especie [...] ¡Ah!, que golpe el que vamos a dar siendo los primeros que vamos a reconocer estas quinas imperfectamente descritas por La Condamine. Sé de positivo que Tafalla y el otro tienen orden de recoger todas las quinas de la Presidencia de Quito; que estos señores van a Loja en el agosto

6. G. HERNÁNDEZ ALBA: *Archivo epistolar del sabio naturalista José Celestino Mutis*, tomo II, pp. 202-204; Bogotá, 1949.

7. Op. cit., p. 207.

8. Op. cit., p. 209.

inmediato, porque no pueden salir en invierno. Yo voy a tomar la delantera sin remedio. Estoy tan encaprichado en este punto, que voy a averiguarlo aunque cueste mi vida».

Es casi obligado pensar, después de leer este fragmento de la carta, que las flores y las plantas investigadas por estos botánicos, además de medicinales, tenían algo de «tóxicas» para llegar a producir este tipo de estados pasionales, en los que unos, como en el caso de Caldas, estaban dispuestos a perder la vida, y otros a dilapidar sus fortunas personales, como ocurrió al botánico francés L'Heritier de Brutelle, editor de la obra de Dombey.

Entre tanto estaba pendiente la creación de un Jardín Botánico en Lima. Primero en 1787 y luego en 1790, el Gobierno aprobó la creación de un Jardín. El virrey Teodoro Croix, miembro de la Bascongada, hizo algunas gestiones. Antes, un grupo de limeños cultivadores de la botánica, entre ellos el rector del Colegio de San Carlos de Lima, Toribio Rodríguez de Mendoza, socio igualmente de la Bascongada, había mostrado interés por la creación de una institución de este tipo. Posteriormente en 1791, el nuevo virrey Gil de Taboada volvió a intentar la empresa pero fracasó, una vez más, por falta de apoyo económico, a pesar del interés que en ello pusieron Tafalla y el padre González Laguna, este último director del huerto terapéutico que mantenía su Orden, los Agonizantes de San Camilo. Tres años más tarde, en 1794, González Laguna publicó un trabajo en el *Mercurio Peruano* defendiendo la creación de un Jardín Botánico dirigido hacia el intercambio de plantas con otros países, pues «ahora, decía, los tenemos de partes muy remotas, de Asia, Nueva España y Europa»¹⁰.

El tiempo pasaba y el proyecto quedó aparcado durante varios años. En 1808, cuando Tafalla acababa de volver de la expedición de Quito, y aprovechando una partida económica excedente de la construcción del Colegio de Medicina y Cirugía de San Fernando, se encargó de nuevo a este farmacéutico navarro la tarea de llevar a cabo la creación de un Jardín, de gran interés para la enseñanza de la botánica a los alumnos del nuevo Colegio de Medicina.

Paralelamente a las gestiones del jardín, van otras encaminadas a la creación de una cátedra de botánica, ya que no se explicaba lo uno sin lo otro. El primer decreto es de 1787, pero una cosa es decretar y otra llevarlo a término, por lo que el proyecto no pasó de la fase de buenos deseos. Dos años más tarde, Ortega propuso a González Laguna para el puesto, al mismo tiempo que le nombraba corresponsal del Real Jardín Botánico de Madrid. Sin embargo la plaza no salió a concurso hasta 1795, presentándose a la misma Tafalla y el médico José Manuel Dávalos, que había estudiado medicina en Montpellier. Según expuso Dávalos durante el concurso, «no se debía acordar la preferencia de Don Juan Tafalla, porque éste se había dedicado siempre a la brillante carrera de las armas, no a la Botánica, y porque si el Rey disponía le favoreciera, era con la cláusula expresa de sin perjuicio de tercero»¹¹. Por otra parte Dávalos tenía una buena preparación médica y estaba dispuesto a desempeñar el cargo gratuitamente, lo cual en la administración colonial, siempre falta de recursos, no dejaba de tener importancia. Lo cierto es que el virrey Gil de Taboada nombraba a Dávalos catedrático interino en enero de 1796.

Con la llegada del virrey Ambrosio O'Higgins, el panorama cambió totalmente para Tafalla. Apenas tuvo tiempo Dávalos para terminar el curso; en el verano de 1797 fue sustituido por Tafalla, «en recompensa a los eminentes servicios prestados por éste a la Comisión de Ruiz y Pavón, en sus largas peregrinaciones por el territorio nacional»¹². Con todo, el nuevo cargo no debió ocupar mucho tiempo a Tafalla,

9. Op. cit., pp. 210-211.

10. A.R. STEELE: *Flores para el Rey*, p. 241; Madrid, 1982.

11. F.L. HERRERA: «Juan Tafalla»; *Revista de Ciencias*, XXXIX, 19, p. 56; Lima.

12. *Ibidem*.

pues se sentía más atraído por los trabajos de campo y las herborizaciones que por la docencia en los estrechos límites de un aula. Si contamos el tiempo que estuvo en la región de Quito y su breve expedición a Chile en 1808, debió ser poco el tiempo que pasó en las aulas. Aún se quedó con ganas de realizar un viaje a las islas Galápagos para estudiar su flora. Es posible que el viaje de Tafalla Chile estuviese inspirado por Gómez Ortega, quien en su relación de 1790 sugería la necesidad de traer «las especies de Pinos y Cedros, el Alerce de la Cordillera de Chiloe»¹³.

Ayudado por el botánico Manzanilla y a instancias del virrey Abascal, Tafalla se encargó a partir de 1808, de los cursos de botánica en el nuevo Colegio de Medicina de San Fernando.

La figura de Tafalla ha sido oscurecida por la de los botánicos para quienes trabajó, Casimiro Gómez Ortega e Hipólito Ruiz, a quienes enviaba las plantas por él recolectadas. A él se debe el descubrimiento de un buen número de especies nuevas en los casi treinta años que consagró al estudio de la botánica del virreinato del Perú. En la *Florae Peruviana et Chilensis*, en el *Suplemento a la Quinología* y en el *Prodomus* hay muchas aportaciones de Tafalla. La *Flora Huayaquilensis*, obra inédita de Tafalla y fruto de su expedición a Guayaquil y otros puntos de la geografía de la actual República del Ecuador, consta de trescientas láminas en color y seiscientas descripciones de plantas, además de los esqueletos de éstas, todo ello enviado a Madrid por este andariego farmacéutico navarro¹⁴.

Por investigaciones en el Archivo General de Indias de Sevilla, hemos podido saber que durante el año 1788, Tafalla hizo por lo menos cuatro envíos de cajones, conteniendo un gran número de semillas de diversas especies vegetales, así como pliegos con descripciones de plantas, todo ello con destino al Jardín Botánico de Madrid y al Gabinete de Historia Natural. Al año siguiente, en 1789, el número de remesas asciende a seis, encontrándose entre los productos que envía, diferentes plantas con propiedades medicinales y sustancias con acción terapéutica, como el bálsamo de copaiba, el aceite de María y otras drogas. En 1783 uno de los envíos de Tafalla constaba de siete cajones, lo que nos da una idea de la cantidad de materiales botánicos remitidos a la Península por este infatigable naturalista, entre los que podemos encontrar cascarilla de quina, en sus diversas variedades, cacao, plantas secas, raíces medicinales, frutos de especies desconocidas hasta entonces, dibujos descriptivos de la flora americana, macetas con plantas vivas, etc., todo lo cual permite conocer la capacidad herborizadora, recolectora y clasificadora llevada a cabo por Tafalla durante un largo cuarto de siglo (1785-1811).

Su error estuvo en no publicar el resultado de estos trabajos. El historiador Herrera cree que la presión ejercida por Gómez Ortega y Ruiz, celosos ambos de que nadie se adelantase a sus publicaciones, fue el obstáculo que se opuso a esta tarea. Padeció en este sentido la misma situación que Dombey, sólo que este botánico francés ha tenido la suerte de contar para su rehabilitación con un gran biógrafo y una buena documentación, manejada con singular acierto por el profesor Hamy.

A instancias de Unanue, Tafalla pensó colaborar en el *Mercurio Peruano*. La Sociedad Económica de Amantes del País le invitó también a ello, sabedora de que Tafalla poseía la descripción y clasificación de un buen número de especies botánicas, resultado de sus trabajos de campo por gran parte del territorio peruano. En el artículo titulado «Introducción a la descripción científica de las plantas del Perú», Unanue adelantó ya esta idea: «En el tomo I se dieron algunas pinceladas acerca del Reyno vegetal. Fueron un ensayo de pluma, para abrir en este segundo la descripción

13. *Anales de la Real Academia de Farmacia*; «Estudios en el Archivo General de Indias de Sevilla», XX, p. 199; 1954.

14. E. ESTRELLA: «Expediciones botánicas», en *Carlos III y la Ciencia de la Ilustración*, p. 338; Madrid, 1988.

científica de sus individuos. El aplicado Don Juan Tafalla, Botánico de S.M. en el Perú, será quien desempeñe en esta parte nuestras promesas. En sus expediciones a las fértiles montañas de los Andes no olvidará a los otros dos Reynos; pero siempre será la Botánica el objeto principal de sus tareas [...] Nuestro laborioso Botánico asociado al perito designador Don Francisco Pulgar, debe impedir la extinción de las luces derramadas en él, y mantener en giro perpetuo entre las Montañas, Lima y el Jardín de Madrid. La Flora Peruana aumentada con nuevos y continuos socorros será un monumento eterno de la sabiduría y magnificencia de dos gloriosos príncipes»¹⁵. Sin embargo el estudio de Tafalla no llegó a publicarse. Herrera cree que Tafalla no recibió la autorización correspondiente por parte de las autoridades del Jardín Botánico de Madrid, «temeroso de que fuese perjudicial a la originalidad de las numerosas obras emprendidas por los jefes de la Expedición española»¹⁶.

Lo único que apareció de Tafalla en el *Mercurio Peruano* es una breve descripción de la planta coca, acompañada de un dibujo de la misma debido a la pluma de Francisco Pulgar que fue utilizado por Unanue en su artículo «Disertación sobre el aspecto, cultivo y virtudes de la famosa planta llamada Coca», publicado en 1794.

El historiador peruano Manuel de Mendiburu, en la relación que da de los fondos de la biblioteca del Colegio de medicina y Cirugía de San Fernando, cuya cátedra de Botánica desempeñó Tafalla, habla de un herbario y cincuenta muestras de cascarilla recolectadas por este botánico, además de un manuscrito con cinco mil descripciones de plantas peruanas y setecientos dibujos, posiblemente resultado de los casi treinta años de trabajo de campo de Juan Tafalla¹⁷.

Durante sus herborizaciones por los alrededores de Quito, Tafalla descubrió dos nuevas plantas. Según el historiador Herrera, ambas fueron enviadas, como tantas otras veces, a la Oficina Botánica de Madrid, creando Ruiz y Pavón los géneros *Cavanillesia* y *Unanuea* en honor de José Cavanillas e Hipólito Unanue, en 1803. El trabajo de Tafalla servía para honrar a otros más que a su descubridor.

Como compensación a tanta labor, Ruiz y Pavón se limitaron a dar su nombre al género *Tafalla*¹⁸. Aquí tampoco tuvo mucha suerte este naturalista, puesto que resultó ser una sinonimia del género *Hedyosmum*. Actualmente lleva el nombre *Tafalla* un género nuevo de plantas arbustáceas, pertenecientes a la familia de las compuestas que comprende diez especies, propias de la región andina comprendida entre Bolivia y Colombia. También hay otras especies que llevan su nombre, entre ellas *Mikania Tafallana*, *Ornithidium Tafalla* y *Solanum Tafalla*, obsequio de diversos botánicos.

En resumen, se puede afirmar que Tafalla, con la sola colaboración de los dibujantes Francisco Pulgar y José Rivera y el botánico Juan Manzanilla, había casi duplicado, merced a un esfuerzo continuado durante muchos años, la colección de plantas que llevaron Ruiz y Pavón a España, cuando estos dos botánicos abandonaron el Perú, en 1788.

De acuerdo con datos existentes en el Archivo de la Nación de Lima, Juan José Tafalla y Nabasques falleció en la capital peruana el día 1 de octubre de 1811.

15. Hipólito UNANUE: «Introducción a la descripción científica de las plantas del Perú»; *Mercurio Peruano*, tomo II, n.ºs 43-44; pp. 68-86; 1791.

16. F. L. HERRERA: «Juan Tafalla»; *Revista de Ciencias*, XXXIX, p. 58; Lima.

17. M. DE MENDIBURU: *Diccionario Histórico Biográfico del Perú*, tomo I, p. 72; Lima, 1931.

18. Hipólito Ruiz y J.A. PAVÓN: *Flora Peruviana et Chilensis*. Prodrumus, p. 136; Madrid, 1794.